

MOD@ LUCIÉRNAGA

RUBÉN VALLE



ediciones
peras *del* olmo

***Modo
luciérnaga***

Rubén Valle

Título: Modo Luciérnaga

Rubén Valle, 2020

Diseño de portada: Matías Valle

Ediciones Peras del olmo

Epub base 2.1

*“En la noche oscura
sobrevuela una nube
de luciérnagas apagadas”*

Rodolfo Edwards, Mingus o muerte

“Es un error dar por hecho lo que fue contemplado”

Carlos Oroza, Eléncar

Los que apagan luciérnagas

Fue una apuesta estúpida, totalmente innecesaria. Quién sabe qué queríamos probar. O probarnos. Ni siquiera lo justifica haber tenido trece años y ser unos temerarios adolescentes. Aunque no retengo detalles finos, sí me acuerdo que por cada diez luciérnagas que apagábamos nos asegurábamos alguna golosina y el campeón de la jornada, vaya manera de definirlo, una latita de Coca. A esa nada misma equivalían, para un puñado de chicos necios, esos maravillosos lampíridos. Lo pienso y me arrepiento profundamente. Al cabo de unas horas de dedicarnos con pericia de cazadores a esquilmar esas gotas de luz, el bosque había quedado a oscuras por completo. Y no fue gratuito, claro que no. Según los relojes y las señales del alba, esa tácita presencia del frío, la noche ya debería ser historia, pero en nuestros ojos seguía igual de cerrada que antes; lo negro solapaba todo a nuestro alrededor. Así hasta hoy, en que los cuatro nos seguimos leyendo con las manos y de la luz sólo guardamos un vago recuerdo. Luz es una palabra que ya no tiene ningún sentido para nosotros; como sol, o día, o amanecer. Desde que nos apagamos definitivamente, nuevas generaciones de luciérnagas nos rondan como incómodos fantasmas que nunca logran saciar del todo su venganza. Ni siquiera el ritual de encender cigarrillos cuando cae la tarde nos ayuda a volver a entrar en la profunda noche del bosque. Esas minúsculas luces son tan falsas que ni la oscuridad se da por aludida. El humo es apenas una modesta pista de que aún estamos vivos. O eso creemos.

Enrique

Un miércoles de noviembre el libro no lo esperó más. El libro estaba al final de un camino que él no quiso o no pudo transitar a otro ritmo -o en otro plano- que no fuera el puramente verbal. Lo suyo fue como esos vinos que se saborean lentamente, donde el desafío es descubrir perfumes, notas, registros de una música oculta. Durante años fue dejando señales de una obra completa que se intuía, aunque jamás llegaba a percibirse en su totalidad. Su praxis literaria consistía simplemente en apuntar títulos de capítulos en una resma de papel continuo. No llegaba a escribirlos, sólo los mostraba a selectos interlocutores; no eran necesariamente amigos o familiares, podía ser un alumno de confianza, un colega con buen oído, un desconocido con mejor paladar literario. Cada uno de esos títulos que se acumulaban sospechosamente, bien podrían leerse como capítulos de su vida. Leerse de memoria, se sobreentiende. Cuando murió, supimos, sin siquiera comentarlo, que el libro por fin estaba concluido y que únicamente podríamos leerlo aquellos que alguna vez escuchamos de su boca uno que otro título. Juntos, nosotros somos ese libro tan perfecto como caótico. Un Enrique auténtico.

Tos del Khumbu

No te suelta. Está con vos día y noche, a toda hora. Es como un espíritu que te toma y hace de vos un ser manejable, sin voluntad, pasible de hacerte bailar como un muñeco vudú o actuar en una bizarra obra de marionetas. Si por un momento creés ingenuamente que te abandonó, falsa señal querido amigo: está agazapada, dispuesta a volver a convertirte en una extraña síntesis de rapero y tartamudo. Un médium pasado de copas que transmite en vivo el mensaje en clave de Khumbu, el electrocutado.

Lo que hay que ver

El auto está parado ante el semáforo en rojo. Como siempre en estos casos, piensa que se olvidó de ir a buscar a su hijo al club, cambia las radios de manera mecánica, aunque sin perder de vista lo que pasa delante del parabrisas. De repente, irrumpe un ciego en su campo visual. Decidido, cruza de izquierda a derecha, moviendo su bastón con habilidad futbolera. Al mismo tiempo, ve cómo otro ciego se acerca desde la derecha. ¿Será posible? ¿Es una joda? ¿Estarán filmando un aviso publicitario? La situación es extraña, pero eso pasa a segundo plano porque de seguir como vienen, los ciegos van a chocar de frente. El hombre del volante no sabe si tocarles bocina, bajarse o gritarles un “¡ajo, che!”. Cuando están frente a frente y el verde da paso a los autos, los ciegos se dan un abrazo como si conocieran de toda la vida y salen juntos, casi corriendo, hacia un costado. Ya en la vereda, putean a todos los autos por igual para no escaparle. Y se ríen como si fuera una cámara oculta o un chiste interno. Él, que imaginó lo peor, también los insulta, pero arranca aliviado y se va riendo solo. “Madre mía, lo que hay que ver”, se dice con su mejor cara de emoji.

A G. C.

El elefante de Jade

Lo encontré en un puesto callejero de Huizhou, perdido entre sahumeros, pañuelos de seda, anillos berretas y aros estrafalarios. Primero fue el color, después la forma, lo que llamó mi atención. Me acerqué con curiosidad y supe inmediatamente que sería mío. Pregunté el precio sin importarme la cifra que me dijeran (no podía salir más de 100 yuanes), además todavía me quedaba la instancia del obligado -y teatral- regateo. Finalmente, lo conseguí por un valor irrisorio y me lo llevé como quien vuelve a su casa con el premio mayor de una rifa. Maldigo ese día y esa elección. En la tradición china, supe después, mi preciado elefante de jade es símbolo de mala suerte e infertilidad. Antes de regresar, sin dejarme ver, lo tiré por ahí. Mi mujer nunca lo sabrá. Espero que en el futuro haya hijos y ellos tampoco lo sepan.

El más real

“Lo hice para darle una sorpresa a Dios”, dice Borges tras rezar un padrenuestro en inglés en una minúscula capilla de Escocia. Al otro día, *The Sun* titula en rojo furioso “Dios ha muerto”. Mientras desayuna, Borges, que aún no ha leído el diario, comenta a sus anfitriones: “Anoche tuve un sueño muy real. El más real hasta la fecha”. Después calla, esperando una reacción o una palabra que active el relato. Quienes están con él se miran cómplices y disimuladamente tiran el diario a la basura.

El mismo miedo

Desde el piso, como perdido en medio de la bruma, lo vi reírse con sorna y levantar los brazos proclamándose ganador antes de que el árbitro lo decretara oficialmente. Fue lo último que recuerdo de él. Ahora lo leo en el diario diciendo que jamás tuvo dudas de que me iba a ganar. Es mentira, claro que es mentira. Yo le vi el miedo en los ojos durante el pesaje. El mismo miedo que tuvo cuando me vio tirado en el piso y temió lo peor, que no despertara más. Un campeón nunca es un asesino, parecía explicarme desde su mirada cada vez más turbia. Quise decirle que no era así pero los ojos se me cerraron de pronto; la toalla arrojada con desesperación por mi entrenador me tapó el rostro como se cubre a un muerto. Y qué otra cosa era yo si no eso.

Con un ojo abierto

Detesto a los melancólicos. Odio sus coartadas, sus remedios homeopáticos. Repudio esa teatral autoindulgencia con que silban un tango, se miran de reojo en el espejo o cortan un pedazo de carne. Estén donde estén, su lastimosa mirada remite a un puerto, sobre todo al barco que siempre se está yendo. Estos espantapájaros de oficio apenas pueden ver al mundo en reverso, nunca la vista al frente, la mano que espera (abierta). Eso sí, son previsores: duermen con un ojo abierto, estacionado por si acaso en el vano de la puerta. Y está probado que son los que se quedan eternamente en la duda extática de si deberían haberlo dejado todo y animarse a dar el salto. Tan ensimismados están en su propia historia que escriben de otros únicamente para vivir la vida que se niegan a sí mismos. Para ellos, esta bala de salva; esta única y definitiva bala perdida. ¿Quién dirá mía, quién con ese pusilánime hilo de voz?

Julián viceversa

Julián soñó que tenía un perro y que le ponía de nombre Julián. El problema es que ahora cuando llamo a Julián hijo viene Julián perro. Y viceversa. La única solución que encontramos a tan compleja situación es que uno de los dos abandone la casa. Julián hijo ya empezó a hacer las valijas. Su madre, como era de esperar, no deja de ladrarme noche y día como un Julián más.

DF

Me es casi imposible escribir in situ, jugar al diario del viajero cuando estoy en un lugar nuevo, desconocido. Siento que, como la infancia o ciertos recuerdos, tantas imágenes, diálogos, olores, caras, señales, deben macerar, volver en el momento menos pensado para poder ser escritos. Lo que no se escribe se va, se pierde, se olvida. Yo no quiero olvidar. Por eso escribo, por eso hago memoria y vuelvo a viajar con estas manos y la ayuda de un puñado de fotos que hace años no veía. La catedral de Guadalupe, las mujeres con la vida esculpida en sus rostros inequívocamente indígenas, los colores chillones, los ecos de Frida en los azules, los bigotazos de los cuates, las cejas de ellas (ecos en escorzo de la omnipresente Kahlo), la lengua picante, la cerveza del alivio. Y sobre todo, ese perfume que es una mezcla de todos los perfumes del mundo; en él, mujeres, hombres y comidas funden sus aromas para desorientar al olfato mejor entrenado. Desde el séptimo piso, veo los escarabajos blancos y verdes como un ejército que marcha caiga quien caiga a su paso. En uno de ellos parto sin rumbo fijo, pero siempre termino -maldición o ventura- en el mismo lugar: mi memoria.

Jesús es el yeti

Está escrito en el piso, junto al parquecito lateral del Acceso Este. Me quedo un rato descifrando esas letras irregulares y pensando qué habrá querido decir con eso de *Jesús es el yeti*. Bajo este sol primaveral y el insoportable ruido de los autos, no logro concentrarme lo suficiente. Sigo mi caminata, cuidando de mirar cada tanto hacia atrás. No sería la primera vez que una extraña sombra se superponga con la mía. En esos casos, pareciera que una mano de hielo se desliza lentamente por mi espalda. Por las dudas, esta vez me persigno con la derecha.

Un edificio al revés

La noticia asegura que hoy ha muerto otro espeleólogo. Su nombre aún no trascendió; sí su enfermiza afición por el mito de la caverna, aquella alegoría de Platón que desnudó tempranamente su vocación por auscultar las arterias de la tierra. Murió en su ley, se le escucha decir al hombre del café que mira la tele con un ojo y con el otro estudia a la mujer de verde que lee en la mesa del fondo. "A mí me falta el aire cuando veo documentales de esos locos que se meten como si nada a tanta profundidad. Es como trepar un edificio pero al revés, y encima a oscuras", le comenta ella al mozo, que en lo único que piensa es que faltan diez minutos para dejar su turno. Las estadísticas oficiales son contundentes: ya son catorce los espeleólogos que han muerto en lo que va del año. Quién podría imaginar que sean tantos y que estén muriendo uno detrás del otro en distintos puntos del planeta, pero de igual forma: aterrorizados. ¿Cómo es esto? Los investigadores aseguran que la expresión de terror que tenían en sus rostros cuando fueron encontrados no dejan dudas de que algo vieron y que ese algo les produjo sendos paros cardíacos. La oscuridad, escribió algún iluminado del siglo pasado, es hermana de la muerte. Y vaya que estaba en lo cierto.

Ray los perdone

A los 48 entierra en el jardín de la casa familiar su libreta con apuntes, poemas, cuentos, reflexiones, citas. La idea es recuperarla cuando cumpla 80 años. No contaba con que moriría a los 79. Vendida la propiedad, obreros que construyen un complejo de edificios encuentran en un sector del patio unos papeles casi deshechos. Felices por el hallazgo, pueden cumplir el ancestral ritual: con las hojas de los escritos de Aldo Lisboa ahora sí podrán encender el fuego para el asado de los viernes. "Ray Bradbury los perdone, mis queridos primates", piensa Aldo desde el más allá.

Toco el aire, a vos no te toco

Odio a los mimos. Sé que no soy el único, que cada día somos más los que estamos dispuestos a chocar contra su espejo invisible, a borrarles esa estúpida sonrisa. Pero esta vez se me fue la mano. Mal. Ante la mirada aterrada de mis hijos, aproveché que uno de esos carapálidas tiraba de la sogá imaginaria, la puse en su cuello y tiré y tiré hasta que su cara quedó más blanca que de costumbre. Cuando quise escapar, otro de ellos vino hacia mí representando a un policia, me puso las esposas y me encerró en una celda de mentirita. Avergonzado, confesé que había sido yo. Mis hijos aplaudieron el acto de justicia y felices les dejaron hasta la última moneda de aire. Ellos sí aman a los mimos.

Wikifreak

Convocado como todas las noches por las narcóticas sirenas del sueño, me subo de buena gana al barco de Homero. O traducido en mi idioma, ir a la computadora como a sus piernas, si ella estuviera aquí. Misión en el desvelo de hoy: buscar algo en *Wikifreak*. Tipeo *Jirafa hasta los pies*. La pantalla me explica: "Agrupación fantasma. Mix de estilos, predominantemente new romantic con impronta indie. Líder único. Pensamiento lateral. Su cerebro tiene 17 años y duerme menos que un sereno. Noche a noche grazna cosas como 'Y ese barco se hundía/ palabra por palabra/ se hundía/ como una hostia/ en la boca mía'". Leo también una extraña recomendación: "No busquen su disco. No existe, es apenas una voz interior". Se sabe, esa es la más jodida, la que da vueltas como un ancestral caset girando sin parar en torno de una bic negra. He dado con la clave: para el sueño que no llega, invoco a una musa oriental que se ensucie a lo niño las manos conmigo. Y que parezca un accidente.

Alféizar

Dijo ella: nunca usás la palabra alféizar. Tenés razón, le dije. Me dice: ¿Qué te parece si hablás de una paloma que cae en tu ventana, herida por el disparo de un rifle? Escribís, por ejemplo, *“esa mañana, como todas las mañanas, no vi sólo la montaña desde mi ventana. Obstruyendo mi privilegiada visión de la cordillera había una paloma herida sobre el alféizar”*. No me gusta, le dije. Y fui por el rifle.

La verdadera razón

Nieva adentro de la heladera de la familia Rentera. Demasiado. El servicio técnico la vio esta mañana y se declaró desorientado, sin explicación alguna para tal fenómeno. “Señora, no podemos hacer nada”, fue la resignada respuesta del muchacho de la remera rota en la axila. Los Rentera llegaron a Las Heras provenientes de Bariloche hace apenas una semana con la intención de radicarse. La heladera fue comprada allá hará unos tres años. Jamás habían tenido un problema con ella pero ahora nieva todo el día, llenando la casa con su imparable producción. Por más que probaron desenchufándola, no hay caso, nieva más que antes. “Para mí, extraña”, dice Julieta con la sabiduría de sus seis años. Ante la falta de opciones más convincentes, se da por hecho que esa es la única y verdadera razón. La heladera es enviada de vuelta a Bariloche, a la casa de la hermana del señor Rentera. Tarjeta mediante, en 12 cuotas sin interés, compran una nueva en Las Heras. Aparentemente esta funciona bien, salvo que se considere una anomalía escuchar música islandesa cada vez que se abre la puertita del freezer.

Mitades del mismo vaso

Con ella la discusión siempre es por lo mismo: qué parte del vaso elegimos. En la mayoría de nuestras disputas verbales, la mitad llena suele ser su primera opción, por lo tanto la vacía me corresponde. Y eso sí que no lo discuto. Estoy convencido de que la vida, el día, el país, ella misma, me dan razones para no poder llenar esa otra mitad. El único vaso que me permito dejar al borde es de vino, a la medianoche, cuando ella duerme y ya no tengo tiempo ni ganas de seguir discutiendo. Mientras apuro el último trago, veo que le cae esa lágrima a destiempo que no colma el vaso. Lo desintegra, directamente.

Los cantantes muertos

Cantan un solo día. Y sobreviven el resto de la semana. Sin dudar un compás, optan por los domingos. Indefectiblemente, lo hacen entrada la tarde, en plena ebullición de la saudade más corrosiva. No hacen covers efectistas ni se humillan en patéticos karaokes. Hacen otra cosa: soundscapes de sí mismos, por afinar una definición. Uno tras otro, salen a escena con una soga al cuello y en lugar de aplausos reciben disparos, cuchillos, dardos, escupitajos de calibre punk. Después, cuando el escenario es apenas un tributo al metro cuadrado, la nieve los tapa prolijamente con su olvido porque siempre es invierno en el show de los cantantes muertos.

Fue Sarmiento

De la nada, un señor bastante mayor que va sentado a mi lado en el subte me dice: *yo fui Sarmiento*. Perdón, le digo, como para chequear si me habla a mí. “Le decía -continúa el anciano- que yo fui Sarmiento. Seguramente usted pensará, creo verlo en su mirada incrédula, que estoy me refiriendo a algún acto escolar de hace mil años, cuando este octogenario iba a la escuela primaria. Se equivoca mi amigo, le digo que yo fui Sarmiento porque realmente lo fui. Tampoco, por si está pensando otra alternativa, fue en el teatro. Si he pisado un par de ellos en mi vida, es mucho. No. Le digo que yo fui Sarmiento porque...”. Me suena el celular. Mi esposa me recuerda que debo pasar a pagar un impuesto, comprar un medicamento y cuando corto y me dispongo a escuchar por qué fue Sarmiento, el hombre se desploma en el pasillo. Alguien que sabe de primeros auxilios lo socorre rápidamente, pero ya no hay caso. Su cansado corazón descansa en paz. Una mujer de unos cuarenta años se acerca y comenta a quien quiera escucharla, “¡pero si es Sarmiento! Me pareció que era él cuando lo vi de lejos. Nunca pensé encontrármelo aquí. Era un gran tipo”. En realidad, deduzco ahora, Ernesto Oscar Sarmiento se estaba despidiendo. Me estaba avisando que se iba y ya no era cuestión de estaciones. Ahora sí podría decirme *yo fui Sarmiento* y no sonaría todo tan absurdo, como su muerte al llegar a la estación San Juan o que haya sido una maestra la que aún insiste en darle respiración boca a boca.

Bolero de hoy

Desarmar los relojes era lo más fácil. Quizá porque no lo hacíamos con la intención de volverlos a armar. Se trataba de ver cómo funcionaban en ese estado; saber si como creíamos el tiempo era un dócil rompecabezas que no tenía ni atrás ni adelante. Horas nos llevaba desnudar cada esqueleto metálico hasta que el latido final sobreviniera, inevitable, como la alarma del último minuto sobre la tierra.

Él, no yo

Los miro todas las noches desde la ventana de mi departamento en un quinto piso. Me fumo uno o dos cigarrillos, si tengo algo para tomar, mejor, y me quedo mirándolos no sin cierta admiración. Están estacionados, en silencio, no hay dudas de que duermen. Sus motores descansan después de un día que supongo agotador para todos ellos. No es poco cruzar esta ciudad y con este tránsito de locos. Cerca veo cómo pasan otros como ellos y ponen aún en más evidencia que sí duermen y hasta descansan. No podría probar efectivamente que sueñan, aunque esos crujidos extraños bien podrían ser sus pesadillas o esas manchas de aceite en el asfalto, poluciones nocturnas. Para probarlo, acciono la alarma y saco a mi auto de lo que deduzco es un sueño profundo. Por la mañana, me muestra su enojo por haberlo desafiado: no hay forma de que arranque. Lo peor, sin embargo, es la siesta. Ahí se le manifiesta cada tanto su particular versión del insomnio; lo sé por cómo regula incómodo en la tarde, desafinando sobre todo en los semáforos. Pasado ese trance, es como si en lugar de súper le hubiera puesto un par de red bull. Aunque no le gusta que lo cuente, la única vez que choqué fue porque claramente estaba falto de sueño. Él, no yo. Por eso desde entonces respeto su descanso como él mi necesidad de calentar el motor antes de entregarme a un nuevo día de trabajo.

Cuidado, canciones

La enfermedad es extraña, desconocida, ni siquiera tiene nombre, o al menos eso le dicen los innumerables especialistas que la han visto en los últimos meses sin poder disimular su perplejidad. Por lo que cuenta, se la descubrió ella misma mientras caminaba a la orilla del mar, durante unas vacaciones en Villa Gesell. Si tiene que explicárselo a alguien ofrece la siguiente síntesis que, por repetida, ya suena a estudiada: “Basta que recuerde o escuche una canción triste para que empiece a reír sin parar hasta que se me caen las lágrimas y recién ahí es cuando siento una especie de equilibrio reparador”. Ante este extraño cuadro, debe andar por la vida más que precavida, no sólo evitando pensar en ese tipo de canciones si no, lo que es mucho más difícil, escapándole a la música que sale de radios, autos que pasan, ventanas abiertas, karaokes, novios despechados. Los médicos, o la mayoría de ellos para ser justos, no son nada optimistas al respecto. Por ahora, resignados se limitan a reír como locos con ella y hasta llorar a los gritos si tal gesto empático fuera necesario.

Más de tres

El político que leyó más de tres libros fue encontrado muerto con un extraño rictus de sorpresa y una mancha de tinta en medio de la frente. Por años se ocultó la verdadera historia de este inesperado desenlace. Podríamos decir que las conjeturas crecieron a la par del mito, ese malvón agradecido de ver la luz. Jamás trascendieron los títulos de esos libros ni los detalles de la muerte, pero en tren de leer bajo el agua todo indicaría que se trató de una venganza de la corporación. ¿Quién era él para ponerlos en evidencia tan aviesamente? Según el forense, cenizas hubo en la boca del político. De acuerdo con su informe, eran de un papel similar al de las páginas de un libro. El parte médico oficial habló en su momento de un simple paro cardíaco; nada que no pueda provocar un poema conmovedor, una movilizante novela, un cuento esclarecedor. O una biografía funesta en la que vivir quepa en apenas tres o cuatro libros.

Mano a mano

Llevamos juntos 75 años. Miento, 76. Últimamente me falla un poco la memoria, ¿a quién no? A mi mujer, en cambio, su vista le hace trampas. Ve lo que no debe ver. O ve otra cosa. A mí no me ve nada bien. En la caja negra de sus ojos la silla o yo vendríamos a ser lo mismo. Me lo dice siempre: “Entre vos y la mesa de luz o el lavarropas no hay mucha diferencia”. Hay veces que me ofendo y otras en que me enternece. Tampoco sirve, debo reconocer, que para guiarse me pregunte porque yo ya no escucho nada, mucho menos el hilo de su voz. A esta altura lo único que podemos hacer es tocarnos a manera de guía. Sólo las manos ven, oyen, hablan por nosotros. Cuando las mías o las de ella estén frías, sabremos que las del otro serán las que deban marcar el 911 del final.

Drama callejero

Parado, aburrido, haciendo cola para sacar sus últimos Roca del cajero automático, ve pasar a dos chicas de entre 20 y 30 años y un tipo de unos 50 largos, caracterizados para una obra clásica infantil. Van repartiendo volantes y sonrisas a diestra y siniestra, invitando a los niños y a sus padres a ver la función de esa noche en un teatrillo ubicado donde termina la calle principal. Los veo cruzar por la senda peatonal y como en un sueño o la escena lisérgica de una serie de Disney, veo que ese auto que acaba de frenar en realidad no lo hizo y los atropella. Ahora los veo volar aparatosamente y caer mezclados con los volantes; sus rostros se retuercen en cámara lenta. Espantoso pero demasiado real. Una niña corre a socorrer a la Princesa, que tiene sangre en sus comisuras, su padre auxilia al Capitán Garfio y una mujer con apariencia de abuela buena atiende como puede a la joven pirata. La escena es bizarra, tanto que la mayoría de los curiosos interpreta que se trata de otra obra callejera, un poco más realista y dramática que de costumbre, y aplauden con fervor. Al final, no hay quien no deje satisfecho unos billetes en el maltrecho sombrero del Capitán.

¿Eso querías escuchar?

Encuentra al muñeco totalmente desarmado. Aunque intentara recomponerlo, ya no volvería a tener la misma forma, es decir no volvería a ser el mismo. No se trata de un juguete. Su perro se ha metido con su trabajo: sin más, atacó a Tomy, el muñeco con el que se gana la vida como ventrílocuo desde hace veinte años. Inquieto, consciente de su error, el perro se acerca y le dice “perdón, me equivoqué. Estaba celoso”. Para aclarar y que oscurezca, su mujer completa la escena. “¿Era eso lo que querías escuchar? Ya está, ya lo escuchaste”. Si fue ella o el perro, le da igual. Tomy está roto y un muñeco roto es como quedarse sin voz. O como que te corten la lengua cuando estás a punto de decirle a ella que...

Defensa del consumidor

Son cuatro. Casi iguales en todo. Lo único que los diferencia es el color del ojo derecho y un sutil olor a especias. Cada mañana desde hace 52 años se levantan a pescar religiosamente. Esto quiere decir: con fe o su equivalente en energía. A mediodía, cuando la alarma suena como un Titanic a punto de ser historia, disponen lo obtenido sobre la mesa, con extremo cuidado y precisión de orfebres, y en segundos lo cortan con sus seis afilados dedos. El resultado son pequeñísimos trozos no más grandes que una moneda de cincuenta centavos. Jamás los comen; no es para eso que fueron programados en su momento por el profesor Lisboa. Aunque ven al gato venir por lo suyo, no se permiten dudar de que se trata de un hipopótamo. ¿Qué ganan con un engaño tan pueril? Bastante. Por lo pronto, que cada vez que el animal desaparece por unos cuantos días, el ahorro de comida y espacio se noten significativamente. Entonces son premiados: las noches de plenilunio tienen un merecido descanso para salir a purgar el óxido acumulado.

En lo suyo

Morales no es de los que cultivan la paciencia de la araña. En él, todo es ya, ahora, ayer. Si le piden un trabajito, antes de que le expliquen el porqué de hacer entrar en razones al deudor, él ya está manoteando su 9 mm, y es entonces cuando hay que ser más rápido que su instinto para evitar que archive otro muerto en su placard. Morales te mira feo como el policía en la puerta del banco, pero nadie duda de que es el mejor en lo suyo. Sin alardes, Morales es de los que te saca la piedra del zapato, sin reparar en horarios ni incomodidades. Además, es cuidadoso con los detalles finales y hasta se podría decir que cobra lo justo. No se sabe si tiene mujer, hijos, amigos, apenas que vive en un departamento poco más grande que su espalda, donde conviven, incómodos, una mesa, una cama, una silla, un espejo roto, y un portarretratos con la foto de la única sonrisa que se le conoce. En ella, un Morales que pisaba los treinta, está exultante, con el puño en alto. Esa vez, lo contará muchos años y botellas después, sintió lo que siente un ganador. Un campeón con fecha de vencimiento.

Un santo y seña

El minero le dice a su mujer que esta sí, sin duda alguna esta sí será la última vez que baje. Ya son treinta años, la vista falla, el oído también, y los pulmones suenan como un Rastrojero apunado. Piensa en la jubilación, esa bocanada de aire puro que habrá de traerle un poco de calma a sus últimos años. Con lo que cobre, le dice a su mujer, cumplirá el sueño de su vida. Comprará un violín, ni siquiera le importa que no lo sepa tocar. Una vez que lo tenga en sus manos, lo colocará en el hombro, recostará su cara en él, convencido de que quedará igual a la foto de su padre. Algún día, dice, yo seré como él: una foto. Después de todo, qué otra cosa dejamos cuando nos vamos si no es una foto, un instante arrebatado al olvido. Un modesto santo y seña para el que viene detrás.

Recalculando

A medida que se va acercando a una persona que no logra distinguir en medio del camino, disminuye la velocidad, en un acto reflejo de cálculo y prudencia. Por el medio de los dos carriles avanza, algo torpe en su andar, una mujer joven, de pelo largo y jeans. A metros de ella reconoce por su guardapolvos a cuadros que se trata de una maestra jardinera. Por la manera en que se acerca peligrosamente al carril por donde avanzan los autos a una velocidad temeraria uno pensaría que se trata de un intento de suicidio. Ya a metros de la mujer, descubre la verdadera razón de su arriesgado acercamiento: el barrilete de un niño, su alumno tal vez, se precipitó en medio del Acceso y ella quiere rescatarlo de cualquier forma. Detrás del volante, tras esquivarla con la elegancia de quien saca a bailar a su chica, él piensa que quién no se enamoró alguna vez de maestras así.

Mamushka nocturna

Aquellos ciegos que bailaban un vals en la oscuridad cuando nadie los veía, ahora caminan como borrachos por el borde de la rambla. Huelen el agua, mojan sus pies como enviando un mensaje, y se ríen de las estrellas, de sus lugares comunes. Cuando empieza a llover, uno desnuda al otro con la precisión de los pájaros carpinteros; esperan que la noche les tatúe el secreto de la luz y los devuelva a su cama negra, a la almohada de sombras. A la noche dentro de la noche.

Eso que cruje

No es la ventana, tampoco la puerta. Mucho menos la mesa. Eso que cruje viene del otro lado de la pared; podría provenir de la habitación de Sofía. Podría, pero estoy seguro de que no es Sofía porque hace semanas que se fue y no creo que su gato sea capaz de provocar un sonido tan particular. Por las dudas, hago silencio. Apago el televisor, cierro las persianas, me quedo quieto. Pongo toda mi atención en escuchar si el crujido se repite. Por fin, unos minutos después irrumpe el mismo ruido pero ahora lo percibo muy cerca, demasiado, casi dentro mío. Manejo dos hipótesis: mi lengua, que intenta modular una que otra palabra tras largos días de involuntario silencio; o mi corazón, en previsible caída libre. En ambos casos, ella se impone como única respuesta.

Sin spoiler

Se tatúa un cangrejo en el pecho que, horas después, está cómodamente instalado en su espalda. Lo extraño no es el cambio espacial del inquieto artrópodo. Son sus ojos, pequeñas fogatas que se avivan cuando alguien abre una puerta y el aire patagónico entra como otro crustáceo sin principio ni final.

Los ojos de Moe

Lo descubrió de casualidad mi mujer en una película muy mala; creo que se llamaba *Blancanieves y los Tres Chiflados*, pero no estoy muy seguro. Fue un domingo, de eso no tengo dudas porque estábamos almorzando pastas en lo de mis suegros. Será porque habíamos pasado toda una vida viéndolos en blanco y negro que, prácticamente gritando, ella me dice con el tenedor suspendido en el aire: “¡Mirá, Moe tenía ojos celestes!”. Si hay algo en lo que jamás me hubiera detenido, pienso y se lo digo, es en los ojos de Moe. En el color de los ojos de Moe. Reconozco que en ese momento yo estaba más atento en escucharlos en su inglés original; a mí, la verdad, me siguen gustando más doblados al castellano, no sé, será la costumbre. Cómo son las cosas, en mi biblioteca debe haber no menos de cinco biografías de los Tres Chiflados, las cuales he leído de punta a punta, y ahora vengo a descubrir que Harry Moses Horwitz, el tirano del flequillo, el rey de los piquetes, tenía ojos claros. Ya en el café de sobremesa, mi suegra, confesa seguidora de Los Hermanos Marx, intenta aportar algo acerca de la morfología de los rulos de Larry, pero después del otro hallazgo a quién podría importarle eso.

Polares

Pastan disciplinadamente en el abandonado jardín de una bodega que apenas se mantiene en pie. Las suelo ver cuando paso caminando junto a la reja que las separa de la calle. Son ocho, una de ellas toda negra. Algunos vecinos esclarecidos aseguran imperturbables que se trata de ovejas polares. Vaya a saber qué significa eso, no creo que ni ellos puedan explicarlo. A simple vista se las ve comunes, hasta que te miran y ahí sí se les nota un brillo extraño, casi diabólico diría. Es una tentación pasar y quedarme, oculto, a verlas comer. Sumergidas en esa tarea, no hacen diferencia alguna entre pasto seco, membrillos caídos por un zonda artero, insectos varios, animales muertos. Comen todo con igual fruición. Por lo general, la negra está apartada, haciendo lo suyo; esto puede ser, acercarse a la reja como midiendo la distancia que la separa de la vereda, buscar otro tipo de alimento o intentar, intempestiva, montar a una perra que hace años pernocta en un recoveco de la bodega. Un día a la semana, sábado o domingo, la lana les luce a todas más lisa y de otros colores, como si las hubieran preparado para salir de paseo o esperar visitas. Yo imagino que lo que pretenden es despistar. Mi frágil teoría se cae en un segundo; alcanza con mirarles los ojos extraviados a cualquiera de ellas para confirmar que así como hoy están aquí, tal vez mañana se les dé por regresar al polo a terminar lo que empezaron.

Beso Doisneau

Poco le importa si *El beso* de Doisneau estuvo armado y no fue, como creyó durante tantos años, una sentida despedida de dos amantes en el París de posguerra. Él le da un beso de igual tenor estético sin prever que, en este caso, la foto real, dolorosamente real, la está sacando desde la vereda de enfrente esa torpe sombra camuflada entre los árboles. Sí, el otro.

Paciencia

Mi muerto en el placard pide gancho, se hartó de contar, de esconderse y buscarse; de espiar cuando mi mujer se desnuda o de escuchar nuestras conversaciones privadas. Se aburrió de no tener hambre, del olor del Fuyí, de los ruidos del ventilador de techo, de los gritos de mi hija cuando se despierta sobresaltada por una pesadilla. Mi muerto, dice él, preferiría otro lugar, otra vida (es un decir), una caja con vista al mar, un habano Cohiba, un buen vino, algo de sexo. Yo le digo que me tenga paciencia, no soy un tipo de palabra pero llegará el día en que abra esas puertas y le diga “sos libre, andate, mi mujer hizo un pacto con Morfeo y los ositos de mi piyama roncan como un cantante heavy”. Paciencia, muerto mío, paciencia.

Taller literario

Bastó un zapato, un único y común zapato tirado a la orilla de la ruta, para descubrir que el hombre que alguna vez estuvo en él es prescindible en esta historia. Dentro del zapato, y esto es lo que importa, hay un escarabajo que lo abandona lentamente para trepar por la mano de un niño que lo atrapa con habilidad de entomólogo y lo guarda con extremo cuidado en un frasco. Lo que el pequeño desconoce es que en caso de romperse, el zapato volverá al pie original y el insecto ya no será el insecto.

Ella, el león

Dejó el circo como se deja a un amor; con la seguridad de que nada es para siempre. Intentó el olvido manejando un taxi, pintó paredes, vendió seguros, probó en un banco. Un día, viendo un documental de la *National Geographic*, un león miró a cámara y no pudo más. Se quebró como cuando, de tanto en tanto, se encuentra con su ex. Si ella le habla, le habla el león.

Tiene esas cosas

Voy manejando rumbo a la costa y mi hijo me sorprende con una de sus típicas salidas. “Odio las rotondas”, dice con su voz que ya satura graves. Él tiene esas cosas. De niño más de una vez le decía a su madre, y no en chiste, “detesto los finales felices”. ¿Qué tendría, 7, 8 años? Hoy, adolescente, prefiere ver los secretos de la cocina tailandesa, los documentales de aeropuertos o esos de malformaciones humanas, donde el misterio de la vida es aún más indescifrable. Lo puede, en cambio, el rap o el hip hop, a los que evoca en el momento menos esperado con un monótono tarareo que parece el de una computadora que no está en sus cabales. Podrán sacarle un pulmón mas no su celular, esa novia virtual a la que engaña con una real que lo hace olvidar de las rotondas pero nunca de los finales felices.

Como la vaca de Milka

Como todos, cedo a la curiosidad cuando hay más de cuatro personas mirando hacia el piso, rodeando a alguien caído. Más por morbo que por colaborar, reconozco, siempre me acerco a ver qué onda. Cada vez somos más en torno de esta pobre mujer que no debe pasar los 30 años. Todos opinamos, damos un parte médico basado en la mera intuición. A ojo de buen cubero, diagnosticamos lipotimia, baja presión, embarazo, hay quien arriesga bulimia y otro que disiente e infiere anorexia. Hasta que un pibe que se asoma sobre mi hombro comenta como si nada: “¡Tiene la cara azul como la vaca de Milka!”. En esa fracción de segundo en que uno no sabe si está hablando en serio o largando un chiste de mal gusto, la chica desmayada empieza a reírse; parece estar saliendo de un sueño divertido. Sorprendidos, aplaudimos como si ella fuera una artista callejera. Ya vuelta en sí, alguien le pregunta cómo está y ella sólo atina a mirar al pibe que hizo el extraño comentario. “Qué hijo de puta, cómo me vas a comparar con la vaca de Milka”, y vuelve a reír. Los médicos del servicio de emergencia, que habían llegado en medio de la confusión, no entienden de qué está hablando, pero le dicen “no fue nada, quedate tranquila, una simple descompensación”. Los demás volvemos a lo que interrumpimos. Mañana será un choque o un suicida. De algo tenemos que hablar cuando llegemos al café. Si a los únicos a los que mata la curiosidad es a los gatos, no tengan duda de que nosotros somos perros. Unos malditos mastines del dolor, somos.

Que no es

Y cada vez que pase y lo vea, volveré a confundir con un mosquito la cabeza del clavo donde estuvo colgado aquel viejo cuadro de la máquina de escribir. Y lo remacharé tantas veces como pase y lo vea. Lo vea y pase. Y lamentaré en cada ocasión haber sacado el cuadro de la máquina de escribir. En ese duelo personal con el mosquito que no es, soy una imparable tecla que golpea una, dos, veinte, cincuenta veces, toc toc toc, aplastando las alas del clavo hasta que ya no zumbe en mi cabeza.

Todo lo que olvidé

Un día cualquiera, a cualquier hora, empieza a recordar y ya no puede detenerse. Nunca más. Rememora desde el primer día hasta el último. Un solo detalle: sus recuerdos son ajenos. Todos, sin excepción. Desde entonces, su única meta es saber a quién pertenecen.

La traducción

Parece polaco, pero no es polaco. Sea lo que fuere, no entiendo nada. Como no entiendo nada, miro la foto en blanco y negro y un año: 1927. A partir de esos datos irrefutables -foto y año- reconstruyo lo que, creo modestamente, es la historia de una pareja de inmigrantes que han llegado a ese país con muy pocas cosas, apenas una pesada valija y una tristeza en la mirada que dice mucho más que las palabras en ese idioma que no logro descifrar. No sé sus nombres, pero tal vez sean mis abuelos. O los tuyos.

Pájaros de otro tipo

El final recién empieza. En eso piensa sentado a la vera del río, viendo a unos extraños pájaros participar de una confusa ronda, desconcertados, como si no supieran hacia dónde van. Un pescador que está sentado cerca, en una de esas sillas de playa, y hasta el momento no ha dicho nada, pone en palabras lo que él está pensando: *“¿Vio esos pájaros que están como perdidos? Están perdidos, no es casualidad. No crea que es el cambio climático ni el humo o el ruido infernal de las fábricas. Es por los drones. Saben que en cualquier momento llegarán. Los drones, por si no lo sabe, son otro tipo de pájaros. Asesinos son. Desde sus nidos metálicos salen a derribar los nidos ajenos, los verdaderos. No lo olvide, para los drones todos somos pájaros enemigos, un peligro inminente”*. Corta ahí, sin esperar ningún comentario del hombre apostado a su derecha. Y sigue pescando, echando mano de tanto en tanto a su petaca. A lo lejos, un tren de nubes negras preanuncia la tormenta. ¿Serán los drones?

Área de exclusión

Maldita sofista, siempre me hacés lo mismo. Comparás vacas con ovejas y el resultado es un perro que me muerde únicamente a mí. No sé cómo hacés, pero en boca tuya los árboles son pájaros capicúa, los aviones medias de red, las madres flores de Saturno. En algo, sin embargo, debo darte la razón: mi espejo y mi almohada están en tu área de exclusión. Allí, él único que hace trampa soy yo. Cuervo con lengua de cisne.

Filiaciones

Soñé con la tacita esa que tiene la cara de Foucault. Me daba los buenos días con cada cucharada de azúcar. Soñé con Piñón Fijo a cara lavada: era un tío lejano de la cuñada de mi primo Oscar. Soñé que mi papá era el Loco Abreu y que tenía un bigote anchoíta. Me quería. Soñé con la modelo de turno. Se casaba conmigo pero tenía hijos con mi vecino. Soñé que atropellaba a un perro y cuando me bajaba, en realidad había arrollado a un pony que al agonizar parecía una suricata de *Madagascar*. Soñé con un ciego que para probar que igual veía se sacaba el ojo derecho y me decía “mirá con confianza, mirá qué hermoso se ve el mar en La Rioja”. Soñé una ruta con una hilera de muertos a ambos costados como si fueran álamos. Cuando corría viento, el aire se llenaba de aullidos. Soñé conmigo hasta que finalmente ella despertó.

Yoko estuvo por aquí

La bolsa es negra, de esas de consorcio. Donde podrían haber ido a parar latas, restos de comida, hojas, frascos rotos, por qué no un cadáver bien parecido, sólo hay piedras. Muchas piedras. Se ven con claridad porque la bolsa, arrojada en una acequia, está rota de punta a punta. La lluvia que empieza a caer a esta hora de la tarde produce un extraño efecto sobre las piedras. Perfectamente podría tratarse de una instalación; quizás lo sería de contar con un título. El arte acaba de abrirme una puerta inesperada. Pienso “Yoko estuvo por aquí”. Y lo firmo.

Viene del jazz (standard con ratón)

El ratón toma un atajo inesperado ante la previsible persecución del gato de la casa. Huye a través de un piano decimonónico, pero cuando transita por su teclado empieza a sonar una música imposible de definir, tanto que paraliza al gato, lo deja en un extraño éxtasis. También queda estupefacta la profesora que transita por la casa con una taza de té en su mano, la cual se precipita a una velocidad poco creíble, casi en cámara lenta para explicarlo en términos verosímiles. La mujer, de oído absoluto y memoria ídem, se va inmediatamente al piano e intenta reproducir lo que el ratón ha hecho sonar allí. Lo que vuelve a escucharse viene del jazz. Ni ella ni el gato lo saben, pero ese inefable ratón vivió largos años dentro de un piano del *Birdland* y pasó innumerables noches escuchando a los grandes. Ojo, no es tan fácil ni tan simple como parece. Para que al bendecido roedor le fluya la música debe atravesar una situación límite, de máxima tensión. Por eso de lo que no hay ninguna duda es de que un gato siempre será quien logre sacar lo mejor de él. Sólo así su verdadera vocación puede fluir sin freno y él, pese al susto y a los peligros que supone estar una y otra vez en la mira de su victimario, vuelve a ser feliz por un instante. O lo que dure la cacería.

Ajuste de cuentas

Le suele pasar muy seguido eso de dormirse con un libro entre las manos. Lo habitual es que ella se lo saque con delicadeza, lo cierre y apague la luz, pero esta vez altera eso que no llega a ser una rutina y con igual cuidado le lee al oído. Ya en el sueño, la escucha decirle *te amo* en portugués. Por cosas así, despierto se lo repite él, pero en su mejor francés. Como un ajuste de cuentas, apaga la luz para leerla de arriba abajo. Y con esas mismas manos.

Monocromo

Cuando se enojan, hablan o callan en blanco y negro. No se tiran con platos, floreros ni almohadas; se agreden en blanco y negro. Y una vez que llega la noche, ya poco importa quién tiene razón. Todo es invariablemente negro.

Frascos

Cuatro ancianas llevaban a la virgen en alto (por cierto, una estructura bastante precaria, apenas un par de maderas cruzada, atadas con una soga, y encima la figura de yeso que no mediría más de un metro y medio). Detrás de las mujeres, una interminable fila de perros se iba sumando con naturalidad a medida que la exigua peregrinación atravesaba morosamente el pueblo. Nadie salía a la vereda; les alcanzaba con mirar detrás de las cortinas, con más temor que curiosidad. Una vez que desaparecían de su vista, se persignaban y salían a la calle a recoger las cenizas que habían dejado a su paso las mujeres y los perros. Con mucho cuidado las guardaban en frascos y luego las escondían celosamente en sus despensas o en el sótano. Algún día sabrían qué hacer con ellas. Mientras tanto, evitaban hablar del tema y confiaban en sus gatos antes que en los hombres o las palabras.

Contame

El ventilador de techo va por su vuelta 108.957 cuando suena el timbre. Molesto, muy molesto porque han interrumpido su conteo, le abre al sodero y apuntándole en la frente antes de que el otro le lance su acostumbrado “Buenos días, jefe”, le dice, más bien le exige: “Empezá a contar. ¡Ya!”. Pálido y totalmente aterrorizado, el sorprendido hombre de unos 50 años se larga a contar titubeante: “1, 2, 3, 4, cin...” en la mitad del cinco suena el disparo. Con sus últimas fuerzas, el sodero exhala “...co”. Más relajado, el dueño de casa cierra la puerta de calle, vuelve a su pieza y recomienza el conteo interrumpido. Esta vez arranca desde cinco.

Un tipo más

Entró en la etapa Tahoma después de años entregado con fervor a la Arial. Él había sido un tipo más de la Times (con ascendente en Helvética) en aquellos años de escasos cambios, de vida organizada y mínimas digresiones. Ahora lo suyo lleva el sello de los puntos suspensivos; no quiere oír hablar de paréntesis ni corchetes. Quiere aire, pocas comas, mucho blanco; sobre todo, mucho blanco. Su presente se reduce a poco más de mil caracteres. Suficiente para decir, y decirse, que no todo habrá de terminar con un punto.

Covers en Beijing

La banda suena horrible, pero tiene dos coristas rubias que son un infierno y concentran todas las miradas (no los oídos, ciertamente). Por suerte, no recuerdo su nombre y eso ya es una ventaja, tanto como que en algún momento dejaron de tocar covers ochentosos de probada eficacia. Son australianos y hoy están haciendo lo suyo en un hotel 7 estrellas de Beijing al que hemos llegado invitados a tomar una copa y relajarnos de una jornada plagada de visitas protocolares a bancos, instituciones oficiales y empresas varias. La cosa se pone mejor cuando el alcohol empieza a hacer efecto y la vista se fija otra vez -y definitivamente- en las coristas. El cantante y guitarrista queda en un merecido segundo plano. Lo occidental dentro de lo oriental, o viceversa, se percibe tan impersonal como este bar, un no lugar que podría encontrarse fácilmente en Miami, París o Milán y ser igual de ruidoso e insípido. El único momento memorable llega cuando al final de los besos -que nadie pidió- las rubias se dan un pico que dispara los aullidos masculinos. Como el trago, el show termina sin pena ni gloria. Ahora agito los hielos de mi vaso y sí, suenan mejor que esa banda de mierda.

Ni mú

Grillos. Un coro griego de grillos. Sólo callan cuando alguien, dentro o fuera de la casa, grita más fuerte que ellos. Indiferentes, ella pone un disco y él enciende la licuadora. Hijo 1: grita goles en la play. Hija 2: ve dibujitos japoneses. A pura bocina, un taxi recuerda que hace rato espera y no tiene todo el día. El delivery, sin bajarse de la motito, hace otro tanto colgado del timbre. Calladito pero hartito, el silencio huye; decide atrincherarse debajo del sofá. Como de costumbre, habrá de masturbarse pensando en ese maravilloso cuadro donde tanto el mar como la gaviota no dicen ni mú.

Rama caída

Carece de gimnasia social. No tiene. No tuvo. Nunca tendrá. Y no le importa en lo más mínimo. Dice: "Soy un caracol feliz transitando una huella indeleble". Por el ojal de su cabeza, día y noche entra y sale una música esférica, un silencio viral así o asá. A su lado, esa mujer anexada a su sexo late como un eco y ese eco anida dentro de ella. Afuera duele cada hoja que cae. Asido a la rama caída no necesita antena. Él es la antena.

El tic, el tac

Acechaba. El tic. Detrás de la enredadera, supongo. El tac. Un ruido leve, un olor indefinido. Tic. Digamos un perfume, latidos como bocanadas. Tac. No podría precisar qué lo sacó del sueño con la impunidad de un jadeo ajeno. Tic tic. Resignado, dejó que se deslizara por debajo de la puerta y subiera hasta su cama. Tac tac. Dormirse entre un tic y un tac sería el último deseo. El suyo, volver a la tierra. ¿Tic? Y esta vez, a más profundidad que aquella primera vez. ¡Tac!

Sombrero de Caimán

Fue una de esas imágenes que vienen de la nada, sin una conexión aparente, arbitrariamente si se quiere. Era una pileta muy grande donde pernoctaban tortugas de mar, de un tamaño que sólo había visto en algún documental. Sin demora, recordó que la imagen provenía de las Islas Caimán, donde hizo escala como parte del periplo de un crucero por el Caribe. De esa escala le quedaría una foto que lo enorgullecía especialmente: la del sombrero. Aunque suene absurdo, esa foto se puede contar. Una fuerte ráfaga de viento sorprendió a los que miraban entre curiosos y fascinados a esas bellas bestias, pero más a una mujer a la que su sombrero se le voló hacia un objetivo inesperado. Cayó exactamente sobre una tortuga que parecía haber estado todo el tiempo ahí sólo para recibirlo en su cabeza. Con esa rapidez de turista que no quiere perderse nada, aprovechó para sacar la foto de la tortuga con sombrero. La mujer, una holandesa tan rolliza como simpática, se rio y no tuvo que esperar mucho hasta que un empleado de la reserva rescatara su intrépido sombrero. No sabe por qué extraña razón hoy piensa en aquella foto, aquel sombrero, las tortugas y el secreto encanto de las Caimán. Una isla donde el dinero se huele en el aire y casi nunca se escucha música, ni se ven niños ni perros en sus calles. Un lugar para evocar así, como una foto ajena.

La herida

Sus amigos le dicen que está loco, que parece un personaje del Queneau más lisérgico porque anda todo el día silbando canciones de Spinetta. No van a compararlo, advierten ellos, silbar *Pájaro campana* que *Jugo de lúcuma* o *Alarma entre los ángeles*. No se sabe cómo, pero él qué puede silbar cosas como “Ella reía con su fina ropa blanca/ despojándose al sol/ como un fantasma que deshollina todo mi cuerpo/ o “El vino entibia sueños al jadear/ desde su boca de verdeado dulzor/ o “Los coatíes del monte oirán también la voz/ creando girasoles ocultos el sol se agitará”. Y lo hace sin una emoción aparente. Cuando ejecuta su arte se muestra inmovible como un emo o un psicosisne, pero por dentro la belleza le chupa la sangre. Es la herida de París.

Final alternativo

Entra a la librería decidido a comprarse un par de libros. Los lleva anotados porque siempre le pasa lo mismo; se distrae viendo las tapas, los títulos, los autores que no conoce y al final termina llevando cualquiera menos el que buscaba. Ahora está seguro de que eso no volverá a ocurrirle. Eso creía el muy ingenuo hasta que al ver una tapa que le llama la atención descubre que el título es igual al de uno de sus cuentos. No al de cualquiera, al de su mejor cuento. Le sobreviene tal bronca, tal impotencia, que no sólo no compra lo que tenía pensado sino que a una mujer que está por pagar y lleva el libro que disparó su ira le dice por lo bajo, sin que lo escuche el cajero: “Yo que usted no lo llevaría. Lo leí hace poco y es una porquería. Lo peor que ha escrito”. Ella lo mira con desconfianza, pero registra el consejo y sale disparada a buscar otro. Final alternativo, símil *Elige tu propia aventura*: el escritor indignado descubre que no sólo el libro se llama igual a su cuento sino que el autor tiene su mismo nombre. Ante tan borgeana situación, se le nubla la vista y se desploma como la bailarina del *Cisne negro*. La mujer, en lugar de socorrerlo, decide llevarse ese libro sin importarle si en algún momento despertará.

*"Como la liebre penetra en su oscuridad
separando dos estrellas...
la noche era un reloj
no para el tiempo
sino para la luz".*

Fragmentos de la noche, José Lezama Lima

Índice

[Los que apagan luciérnagas](#)

[Enrique](#)

[Tos del Khumbu](#)

[Lo que hay que ver](#)

[El elefante de Jade](#)

[El más real](#)

[El mismo miedo](#)

[Con un ojo abierto](#)

[Julián viceversa](#)

[DF](#)

[Jesús es el yeti](#)

[Un edificio al revés](#)

[Ray los perdone](#)

[Toco el aire, a vos no te toco](#)

[Wikifreak](#)

[Alféizar](#)

[La verdadera razón](#)

[Mitades del mismo vaso](#)

[Los cantantes muertos](#)

[Fue Sarmiento](#)

[Bolero de hoy](#)

[Él, no yo](#)

[Cuidado, canciones](#)

[Más de tres](#)

[Mano a mano](#)

[Drama callejero](#)

[¿Eso querías escuchar?](#)

[Defensa del consumidor](#)

[En lo suyo](#)

[Un santo y seña](#)

[Recalculando](#)

[Mamushka nocturna](#)

[Eso que cruje](#)

[Sin spoiler](#)

[Los ojos de Moe](#)

[Polares](#)

[Beso Doisneau](#)

[Paciencia](#)

[Taller literario](#)

[Ella, el león](#)

[Tiene esas cosas](#)

[Como la vaca de Milka](#)

[Que no es](#)

[Todo lo que olvidé](#)

[La traducción](#)

[Pájaros de otro tipo](#)

[Área de exclusión](#)

[Filiaciones](#)

[Yoko estuvo por aquí](#)

[Viene del jazz \(standard con ratón\)](#)

[Ajuste de cuentas](#)

[Monocromo](#)

[Frascos](#)

[Contame](#)

[Un tipo más](#)

[Covers en Beijing](#)

[Ni mú](#)

[Rama caída](#)

[El tic, el tac](#)

[Sombrero de Caimán](#)

[La herida](#)

[Final alternativo](#)

Esta obra fue publicada por

ediciones
peras *del* olmo

en abril de 2020

Mendoza, Argentina

Rubén Valle

Periodista y escritor (Mendoza, Argentina)

Fue miembro fundador del grupo parapoético Las Malas Lenguas y editor de las hojas literarias *Tres Agujas* y *Tiburón Amarillo*.

En calidad de organizador y lector participó en innumerables actos, performances y recitales poéticos.

Desde 1997 hasta el 2000 dirigió la colección de poesía *La Mesita de Luz* para la editorial Diógenes.

Sus poemas fueron publicados en medios de la Argentina y de Brasil, Colombia, España, Francia y Rumania.

En 2006 fue incluido en el documental *Poesía Extrema*, que reunió testimonios de escritores argentinos y canadienses. Ese mismo año fue convocado a participar del XIV Festival Internacional de Poesía en Rosario.

Ha publicado los libros de poemas *Museo Flúo* (1996), *Los peligros del agua bendita* (1998), *Jirafas sostienen el cielo* (2003), *Placebos* (2004), *Tupé* (2010), *Grietas para huir* (2013), *Lo negro de la nieve* (2018) y *La lengua del ahorcado* (2019).

Integra las antologías de poesía *Promiscuos & Promisorios*, *La ruptura del silencio*, *Martes literarios* y *Poesía en Tierra*, del Centro Cultural de España en Buenos Aires.

Como narrador participó de *Mitos y leyendas cuyanos* (1998), editado por Alfaguara, y de la antología de textos para niños *Ellos, los otros & nosotros* (2003).

En Pampa Grupo Editor publicó los ebooks de relatos breves *Desperté en el bosque después de haber soñado un bosque* (2013) y *La medida de lo posible* (2015).

Como periodista ha trabajado en los principales medios periodísticos de Mendoza, entre ellos los diarios *Los Andes*, *UNO* y *MDZ*.